

¿Por qué los españoles toleran tanto el despilfarro y la corrupción? La razón es simple: no les duele, no sienten que se esté derrochando su dinero, sino el de los demás. Bien pronto que reaccionan, en cambio, cuando les tocan lo que sienten como suyo

## LAS TRES CRISIS ESPAÑOLAS

Benito ARRUÑADA\*



**E**spaña no sólo atraviesa una profunda crisis económica, sino institucional y de valores. La crisis económica es grave: producimos un 10% menos de lo que consumimos y el paro se acerca al 20%. Nuestra respuesta se retrasa porque las instituciones políticas son deficientes y porque estamos polarizados acerca de qué valores deben regir nuestra convivencia. La crisis institucional queda de manifiesto en la brecha abierta entre políticos y ciudadanos. Abundan las conductas irresponsables y el desencanto es creciente. Esta crisis institucional explica que no hayamos tomado medidas ante la crisis económica. En las vacas gordas, sucesivos gobiernos de distinto signo toleraron un consumo privado insensato. En las vacas flacas, hemos cerrado los ojos a la evidencia. Aún hoy nos limitamos a sustituir deuda privada por deuda pública para financiar un nivel de vida que no podemos sostener. Pero no sólo fallan las instituciones. Aplazar los problemas tiene una larga tradición entre nosotros. La respuesta a la crisis actual es similar a la que dimos en 1973 a la primera crisis del petróleo, y a las crisis anteriores y posteriores. Siempre tomamos medidas tarde y de forma incompleta. Por ello, en cada crisis perdemos posiciones y nunca acabamos de converger con Europa.

El que regímenes políticos distintos hayan respondido de forma similar apunta a causas más permanentes, relacionadas con nuestros valores y creencias. Rechazamos las reformas porque éstas suponen mayor competencia; y competir equivale a asumir más esfuerzo y responsabilidad. Nunca ha sido nuestro fuerte la ética del trabajo, ni la meritocracia; pero hoy

**Sabemos y queremos resolver la crisis económica, pero no lo hacemos. ¿Por qué?**

**¿Quién debe liderar el cambio? Las organizaciones y los líderes políticos no son meros espectadores**

están bajo mínimos. Tenemos derechos, no deberes; y los responsables siempre son los demás.

Resolver la crisis económica es simple: basta con eliminar frenos al crecimiento. En el pasado, cada vez que liberalizamos la economía (como hicimos en 1958, 1985 ó 1996), crecimos más que nuestros vecinos. También ahora, la solución requiere introducir competencia en los mercados y aprovechar nuestro potencial de crecimiento para producir más. Eso, o conformarnos con consumir un 10 por ciento menos. Resolver la crisis institucional es más difícil. El meollo es también la competencia, que en nuestra política es escasa y está distorsionada. Se rige por la endogamia y una «selección adversa» que nos lleva a estar dirigidos por incompetentes. Se han propuesto reformas institucionales que refuercen los vínculos entre los ciudadanos y sus representantes, por ejemplo abriendo las listas electorales. Pero no es seguro que, por sí solas, vayan a aumentar la competencia en la política, como demuestra el fracaso de las reformas italianas de 1993. Es preciso mejorar, además, la calidad política de la ciudadanía. No tanto educándola o informándola como haciendo más transparentes los costes y beneficios de las decisiones públicas. Sobre todo, haciendo visibles los impuestos, en gran parte ocultos.

Muchos votantes no saben que son ellos quienes pagan esos impuestos que luego se derrochan. ¿Por qué los españoles toleran tanto el despilfarro y la corrupción? La razón es simple: no les duele, no sienten que se esté derrochando su dinero, sino el de los demás. Bien pronto que reaccionan, en cambio, cuando les tocan lo que sienten como suyo. No toleran, por ejemplo,

que se juegue con el dinero de su comunidad de vecinos.

Muchos dudan que baste con reformar las instituciones y hacer más visibles los impuestos. Estos fatalistas crónicos creen que nuestros fallos son más profundos, que residen en nuestros valores. Y que nuestros políticos se limitan a ejecutar las decisiones cómodas que desea un electorado indolente.

No lo creo. España cuenta con gran número de personas de primer nivel. No es anecdótico que contemos con deportistas por encima de lo que corresponde al tamaño del país. ¿Qué valores tienen y cómo han logrado triunfar individuos como Alonso, Gasol o Nadal? En el deporte, reina una competencia con normas claras y estables, y sin barreras a la entrada. Se han formado en libertad, están remunerados por rendimiento y compiten en mercados globales. Además, son los primeros en asumir la responsabilidad por sus fracasos. Estas características son extensivas a nuestras mejores empresas, muchas de las cuales son líderes mundiales. Y también es aleccionador observar en qué sectores actúan: aquellos en los que, en relación a nuestros países vecinos, la regulación era escasa (moda, hoteles, azulejos) o mejor (banca, utilities, obras públicas). Sectores en los que la entrada ha sido relativamente libre y la competencia ha estado sujeta a reglas estables. Necesitamos reformas que generen el entorno del que han salido nuestros mejores deportistas y empresas. Un entorno de libertad para emprender. Un entorno en el que puedan ejercerse esos mismos valores de competencia, esfuerzo, riesgo y responsabilidad que todos ellos atesoran. En el corto plazo, cabe discutir cómo de extendidos se encuentran, y si son o no dominantes estos valores de esfuerzo y sacrificio. Máxime porque también en este terreno nuestra sociedad se ha polarizado en los últimos años. Pero los valores no son inmutables. Y la crisis ha puesto de moda el esfuerzo y el sacrificio.

¿Quién debe liderar el cambio? Quiéran o no, las organizaciones y los líderes políticos no son meros espectadores. Por el contrario, representan un papel protagonista. Con su ejemplo, sus propuestas y sus omisiones, potencian y facilitan unos u otros valores. Además, existe una demanda creciente de liderazgo explícito en valores. Es solo cuestión de tiempo que la oferta venga a satisfacerla.

\*Catedrático de Organización de Empresas. Universidad Pompeu Fabra